

xx

xx

DATOS BIOGRAFICOS SOBRE EL

DR. MIGUEL LIMARDO

POR: ENRIQUE RODRIGUEZ SANTIAGO

xx

xx

DR. MIGUEL LIMARDO CASTILLO

Nació Miguel Limardo Castillo en el barrio Bucaná, de Ponce, un 24 de mayo del año que comenzó este siglo.

"Muchacho alegre y cimarrón", se describe a sí mismo durante su niñez; alegría que ignoraba la terrible escasez que arropaba su casa y cimarronería que ignoraba la disciplina feroz de su señora madre. Junten los factores y sabrán cuantas palizas llevó sobre sus costillas.

Como todo hombre inmortal tuvo un amor imposible. Y como todo hombre inmortal tuvo amores extraordinarios: Dios, la Iglesia, sus hermanos, Doña Justa y Doña Ana; sus hijos, sus nietos, sus biznietos, su jardín, su maquinilla de escribir, su Biblia.

Fue su madre quien lo llevó a la escuela y a la iglesia y fue su madre, con su carácter fuerte y dominante, quien lo encauzó por los caminos del Señor.

Sufrió terribles privaciones en su niñez y pubertad: lo describe en sus Memorias, en una oración: "Cada amanecer frente a la misma torturante y dura realidad: Hambre en la mañana, hambre al mediodía, hambre en el atardecer, hambre en la noche."

Se hizo aventurero, pionero de los emigrantes puertorriqueños a las Carolinas, primero, y a la República Dominicana, después. Se hizo experto en hambres y desalientos, enfermedades e infortunios y, en medio de ellas, descubrió de pronto que la República Dominicana era su segunda patria. Y es allí, prisionero de la voz de Cristo a través del Revdo. José Espada Marrero, que da su primer paso en el aprendizaje de los caminos del Señor.

Renuncia, entonces, a un trabajo bien remunerado en la Central Romana, de la República Dominicana, y se traslada a Puerto Rico, al Seminario Evangélico, a la estrechez seminarista, a vivir nuevamente en el filo del hambre y la necesidad. Doce dólares mensuales de ingreso para sus gastos personales, de los cuales sacaba seis dólares para

enviárselo a su madre todavía en Ponce. Se hace pastor y se casa con quien será toda la vida Doña Justa, un día 4 de junio de 1924, diez días después de cumplir 24 años de edad. No hubo anillos en la boda porque no había dinero para comprarlos. Luego del casamiento, el viaje a Ponce, a la casa de su madre en Bucaná, y, a los pocos días, a Santo Domingo, donde iniciaría su ministerio.

Allí fue pastor en San Cristóbal hasta el 1926; luego en Barahona, cuatro años, hasta el 1930; más tarde, en San Pedro de Macorís, desde el 1930 al 1937 y luego del 1939 al 1942, desde donde pasa a la Capital, Santo Domingo de Guzmán, donde hará su último pastorado en la República Dominicana, que terminará en 1944.

Conocí a Don Miguel Limardo en un intermedio de dos años en su ministerio en la República Dominicana, en San Pedro de Macorís, que cubren del 1937 al 1939. Vino desde Macorís a Yauco en el 1937 y regresará desde Yauco a Macorís en el 1939. Es en esos dos años cuando, por primera vez, me pongo en contacto con Don Miguel. Dos cosas me impresionaron de él: su sentido del humor y su afición por los deportes, especialmente el juego de "base_uball".

Al cabo de unos años volvió a aparecer en mi vida y en esta ocasión como Capellán de la Fraternidad de Universitarios Evangélicos. Allí compartimos mucho, junto a un grupo increíble de discípulos de Domingo Marrero que adoptamos a Don Miguel como nuestro tutor espiritual. Lo que no sabíamos nosotros era que él nos estaba adoptando a nosotros como sus hijos y convirtiéndonos a todos en hermanos, de verdad, de unos y otros.

Esta época de Don Miguel, en la Frate, la cubre excelentemente bien en su libro autobiográfico Una Sola Pasión. Allí está no sólo esta época sino todas las épocas de Don Miguel.

Llega allí hasta sus reflexiones agónicas frente a la muerte de Doña Justa y su caminar sin sosiego por esos meses trágicos de viudez y soledad, de vida incompleta por la falta de su compañera y de oración intensa para que el Señor dictara su mandato: "Quedarás solo hasta tu muerte o te daré

compañera". El Señor dictaminó que le daría compañera y es así como irrumpió en la vida de Don Miguel ese ser providencial que se llama Pérsides Vega de Limardo. No le gustó el nombre a Don Miguel y, como siempre lograba lo que se proponía, le cambió su nombre a Ana. Y hoy es ella Doña Ana Vega de Limardo.

Para cualquiera que conozca a Don Miguel Limardo desde su regreso de la República Dominicana no podría recordarlo sin la figura de Doña Justa a su lado. Porque Doña Justa era, por largos años y para aquellos tiempos, la segunda mitad de Don Miguel. Indefenso para todo lo que fuera trabajo manual, y dependencia de sus propias manos para hacer las cosas mínimas para su supervivencia en la vida diaria, Don Miguel era como gorrión recién nacido caído del nido cuando Doña Justa no estaba a su lado. Ella fue esposa, amiga, compañera, sierva y madre todas las veces que las circunstancias le asignaban uno o más de estos roles, simultáneamente. Muchas veces, muchísimas veces, Doña Justa fue todas las cosas juntas al mismo tiempo. En adición, Doña Justa era la crítica más severa de los sermones o mensajes de Don Miguel, especialmente en el tiempo tomado para decirlo o en la forma escogida para pronunciarlo.

Quiso el Señor, como dije antes, que la mitad de Don Miguel que era Doña Justa, y que Dios llamó a Su lado, fuera conformada por Doña Ana. Ciertamente fue milagro de Dios que esto ocurriera así.

El matrimonio de Don Miguel con Doña Ana Vega alegró a toda una generación y reafirmó a otra: el hombre es sólo brizna en el viento de la voluntad de Dios.

Renace el ánimo de Don Miguel. La tristeza se acurruca por allá, por los rincones del recuerdo, no olvidada, siempre recordada, y llama, desde allí, a la alegría para que se haga cargo del hombre. Y empiezan unos nuevos sueños en Don Miguel. Acepta todas las invitaciones a todos los púlpitos, comienza a juguetear con su maquinilla y, de la noche a la mañana se riega la voz: Don Miguel empezó a escribir otra vez.

Había dejado sin terminar un libro: "Jesucristo, Ausencia y Presencia", pero ahora acelera su terminación al mismo tiempo que empieza a organizar sus notas sobre un libro que hacía tiempo quería escribir: "Por los Caminos del Dolor". Los editores le convencen para que concentre más en la terminación de "Por los Caminos del Dolor" para que vaya pronto a imprenta y Don Miguel así lo hace. Trabaja incesantemente en él y lo entrega para impresión en tiempo récord.

La presentación del libro -- hecha en la Sala de actos del Hospital del Maestro -- fue hermosa. Y fue también la última vez que Don Miguel pudo presentar, personalmente, su último libro.

Desde hacía muchos años Don Miguel sufría una enfermedad que, aunque dolorosa, no le privaba de su ajetreada agenda de trabajo. Atención médica adecuada le ayudaba a aminorar sus malestares físicos y, como Pablo, bregaba con este "agujón" sobre sus carnes como mejor le ayudaba Dios.

Un día, inesperadamente, Don Miguel notó que tenía que cambiar sus espejuelos. "No veo bien", me dijo ese día. "Mañana voy donde el oculista". Cuando fue al oculista le dijo, después de horas de exámenes, que habría que operarle para tratar de mejorarle la visión. Don Miguel, que sabía que estaba a punto de quedar ciego de un ojo recibió la noticia con agrado, pues, así, "podría ver". Cada página del libro que Don Miguel pasaba en maquinilla, la escribía en oscuridad, con sólo un rayito de luz alumbrándole las letras, la luz necesaria para articular correctamente la palabra y organizar la idea, la luz mínima para corregirla, con pinzas diminutas, y pegar pedacitos de papel con la palabra correctamente escrita sobre las oraciones mutiladas por las palabras ciegas que saltaban ante su impaciencia.

Bautizó el libro: "Por los Caminos del Amor". Y cada página era un calvario hacerla, calvario que se convertía en Resurrección cuando, con la ayuda de Martha Vargas de Sáez, se hacía hoja luminosa, clara, perfecta, con las ideas como relámpago en la noche, encendiendo el corazón de luz, de temor y de asombro.

Y Don Miguel Limardo, el hombre fuerte, estoico, exigente y amoroso, terminó su libro "Por los Caminos del Amor" a empujones de valor. Lo hizo a pura voluntad y a pura fe. Lo hizo a puro ánimo y a pura querencia. Y cuando terminó su libro, cuando sólo faltaba el verso final, quedó ciego. Enmudeció la vieja maquinilla; descansó el diccionario bíblico; se fueron a dormir los libros de Saint_Expury, de Henrik Ibsen, de Tomás Carlyle, de Victor Hugo, de Anatole France, de Unamuno, de Lugones, de Juan Mackay, de Benavente, de Dwight L. Moody, de Paul Tillich, de Francisco Estrello, de Gabriela, de Tagore, de Maurice de Tallerand. Y comenzó la espera para ver el producto final, el libro Amado, el último poema que le canta a su Dios y a su pueblo.

No lo pudo ver, Don Miguel. Porque Dios lo llamó a Sus filas y allá fue, en el desgaje final del sarmiento florecido que, para dar fruto, tiene que desgajarse.

Allá nos aguarda el viejo guerrillero de la Palabra. Y allá nos encontraremos. Allá. En el "allá" que él tanto buscaba sin poderlo encontrar, pero que sabía que existía. En el "allá" al que rinde culto cuando, como el poeta, exclama en el poema final de su libro aún no publicado:

¡MAS ALLA...!

Más allá del Caos primero,
más allá de la primera Sombra
y la primera luz,
más allá de la primera Luna
y el primer Sol,
más allá de la primera brisa
y la primera brizna,
más allá de la primera agua
en el primer terrón,
más allá del primer "plankton",
y la primera célula,
más allá del primer aroma,

y del primer color,
más allá de Su primera talla,
y Su primer aliento
al barro hecho esperanza
de toda la creación,
más allá de la primer palabra,
y el primer borbotón
de sueños desbocados,
más allá del quebranto primero,
y del primer perdón,
más allá... mucho más...
amasando la vida con Sus manos
y en Su frente una gota
de Su primer sudor,
trajinando caminos en
Sus mundos eternos
para hacerlos más suaves,
para hacerlos más tiernos
al hombre que le busca...

¡Está Dios!